

un manejo de la lengua que no cae en la trampa del tecnicismo, pero cuyo rigor teórico y metodológico se plasma en la lúcida mirada de los colaboradores. Ellos nos han dado uno de esos momentos de felicidad en que la lectura crítica se convierte en acicate para indagar en un período tan turbulento como rico, caracterizado con exactitud como el de *la lucha de los lenguajes*.

Universidad Nacional de Salta

ELENA ALTUNA

ABRIL TRIGO. *Memorias migrantes. Testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya*. Rosario/Montevideo: Beatriz Viterbo Editora/Ediciones Trilce, 2003.

El olvido nos devuelve al presente, aunque se conjugue en todos los tiempos. En futuro, para vivir el inicio; en presente, para vivir el instante; en pasado, para vivir el retorno; en todos los casos, para no repetirlo. Es necesario olvidar para estar presente, olvidar para no morir, olvidar para permanecer siempre fieles

Marc Augé, *Las formas del olvido*

La relación con el tiempo es siempre plural: hay que ser como mínimo dos para olvidar, para gestionar ese tiempo que necesita del olvido para construir una memoria común. La memoria es un relato que confiere sustancia al presente al dotar al pasado de un sentido que proyecta el futuro. Así, las incertidumbres del porvenir encuentran sus certezas cuando el recuerdo adquiere nitidez, y en esa nitidez marca el presente sus límites y define su forma. Porque el recuerdo revela una estrategia: desde las inquietudes del presente significa y valora los contornos del pasado y vuelve más visibles –o menos– las siluetas.

Hoy más que nunca sabemos que la memoria manipula los materiales con que construye los acontecimientos, modela su forma, dispone su textura narrativa. De esta suerte lo que elige recordar, la manera en que trama los recuerdos, nos informa de un orden de valores que organiza el relieve tenaz de los relatos y nos cuenta, anudada al registro de los hechos, otra historia. Sin embargo, las diferentes narraciones, al esparcir sus preguntas o sus certezas, provocan tanto rechazo como adhesión.

Es por ello que en los comienzos de las biografías compartidas, allí donde se inscribe el nacimiento de una sociedad de individuos que se reconoce en una historia común, se diseñan los pactos que enriquecen, más tarde, el intercambio cotidiano o bien crispan los gestos a la hora del “encuentro” con lo familiar. Y algunas veces irrumpe inesperada o voluntariamente en los hogares más *honestos* una olvidada mancha de origen que renueva una vieja discusión.

En este marco, la memoria del pasado reciente nos interpela aún con recuerdos encontrados. Hablamos de memorias en plural. ¿El recuerdo no encuentra aún su imagen consensuada, las formas del olvido, las formas de la memoria que nos arranquen del

silencio, de la nostalgia, o del horror? O, por el contrario, ¿revela nuevos pactos y consensos, señala, en el horizonte simbólico actual, nuevas preguntas, necesidades, deseos?

Resulta importante, entonces, sentirse *alerta(dos)* ya que existen dos formas en la reconfiguración memorial de disponer el pasado: una de ellas, busca memorializar la historia, museificarla, petrificarla; la *otra*, por el contrario, es *esa* capaz de historiarse, de ponerse a distancia, es decir, de operar sobre el pasado un verdadero trabajo de duelo en la medida en que ese trabajo implica afrontar el pasado, deconstruir la mitología, demistificar los *saberes comunes* de sus significantes fundamentales.

Es precisamente en esta última polaridad donde Abril Trigo inscribe a *Memorias migrantes. Testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya*. En el tránsito de un coherente y sostenido trayecto crítico que contempla, entre otros, trabajos tales como *Caudillo, estado, nación. Literatura, historia e ideología en el Uruguay* y *¿Cultura uruguaya o cultura de linyeras? (Para una cartografía de la neomodernidad posuruguaya)*, el presente libro de Trigo explora las facetas críticas de la diáspora como instrumento de análisis de la historia político-cultural de Uruguay. Y, al tiempo que le otorga la palabra a los protagonistas de esta historia, se compromete con sutiles y agudas reflexiones sobre las consecuencias que la diáspora tiene sobre la manera en que los uruguayos recuerdan el pasado, actúan el presente e imaginan un futuro en el mundo globalizado.

Si la memoria se teje en los recuerdos y éstos revelan perspectivas encontradas *Memorias migrantes. Testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya* exhibe –sin concesiones– las tensiones que se enmascaran en ellos. Al abordar los testimonios de treinta y seis personas, de diez a ochenta años de edad integrantes –todos ellos– de una comunidad de migrantes de Fitchburg, Massachussets, en el área de Boston, Estados Unidos de Norteamérica, el autor pretende (y lo logra) trabajar sobre relatos particularmente significativos, al tiempo que muestra el tipo de estrategias que se ponen en juego en la elaboración de la memoria colectiva sobre un pasado reciente.

En este marco, el recuerdo se manifiesta de modos muy diversos: puede ser redundante o elusivo, mostrarse como retorno u ocultarse en la figura del suspenso, puede tener la recurrencia del ritual o la ruptura de la negación, puede ser alusivo y travestido; pero en todos los casos elabora una suerte de estrategia que otorga un repertorio de sentidos y configura los relatos posibles para una comunidad. Trigo analiza en ellos su economía de memoria y olvido, sus incertidumbres y sus certezas. Así, la selección y la organización del pasado que los recuerdos individuales y grupales trazan son la manifestación de un trabajo activo sobre los procedimientos de construcción de la memoria intersubjetiva, en la que se interrelacionan múltiples colectivos: familiares, grupales, sectoriales, sociales.

En este contexto el cautivante y riguroso trabajo de Abril Trigo deviene un texto fuertemente auto-etnográfico, en el que la intención etnográfica se funde con la intensidad autobiográfica y la mirada objetiva –hacia fuera–, se entrecruza con una mirada subjetiva –hacia adentro–. Al optar por una estructura *contrapuntística* –así evaluada por el mismo autor– que articula la reflexión con el lenguaje cotidiano, aquél asume el distanciamiento analítico con el compromiso emocional, la mirada objetiva del sujeto que investiga con la subjetividad de los objetos de estudio, y es en este horizonte que la íntima subjetividad de

la escritura “no podía desplegarse sino en forma de ensayo. De ahí la estructura dual y dialógica del presente libro” (10).

Estructurado en un prefacio, seis capítulos (“Migraciones”, “Memorias”, “Imaginario”, “Modernidades”, “El sueño del pibe”, “La patria cibernética”) y una *manera* de epílogo los tonos y ecos de una oralidad testimonial se articulan con una fuerte problematización de la serie memoria-inmigración-exilio-migrancia-diáspora desde representaciones políticas diferentes donde se ausculta lúcidamente no solo el pasado sino también los efectos que ese ayer han proyectado con brutal eficacia en la nación uruguaya, en particular, pero apelando al horizonte continental de nuestros días, en general.

Así, pasado y presente de *eso* nominado como *uruguayidad* pueden ser leídos como una sabia lección de aquello que solo una lectura atenta de la historia de América latina puede arrojar sobre los tiempos contemporáneos al atreverse a polemizar con diversas visiones esquematizadas y atrapadas bajo los (in)cómodos ejes de reflexión de la migrancia y la memoria.

Dos ejes que, como apunta Trigo, se traman en una confusa problemática que bascula (in)definidamente entre identidad y nación, estado e historia, modernidad y globalización. Es precisamente en este sentido que Eduardo Gruner [*El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Piados, 2002] sostiene que la verdadera globalización lejos de significar diversidad y diferencia, ha producido una creciente homogeneización dentro del discurso dominante por consistir cada vez más en una búsqueda de unidad sin fisuras (unidad político-militar, económica, ideológico-cultural, jurídica, etcétera) bajo los mandatos del *imperio*. De esta suerte, lo que en otras épocas se llamara la “cuestión nacional” adquiere, en este contexto, una dimensión radicalmente nueva. Y junto –e incluso por encima– de la “cuestión nacional” se produce el retorno de otra macro-cuestión, la que solía llamarse (mal, probablemente) la cuestión del Tercer Mundo, de las “sociedades periféricas” arrasadas, violentadas y destruidas hasta lo indecible por la mundialización capitalista: destrucción sistemática –otra vez, política, económica, social, cultural, jurídica– que lleva más de cinco siglos, pero que en las últimas décadas las ha transformado, más que en una tierra baldía, en un campo minado.

En este contexto, la manera en que en los diferentes relatos de vida -relevados por el autor desde una *confesa* triple intención de etnógrafo, editor y traductor- se significa y valora el pasado reciente (y no tan reciente) del Uruguay revela una política del recuerdo que expresa disputas y pactos político-ideológicos diferentes a lo largo de dos siglos; pactos y disputas donde se busca indagar las necesidades y demandas que hoy tanto expresan como enmascaran los agónicos gestos del desarraigo.

Puesto que los discursos valen como signo de adhesión, de rebelión o de resistencia –y denuncian los enunciados de quienes hablan– en toda comunidad, en toda sociedad se producen diversas condiciones de clausura de unos discursos y de despliegue de otros. Contadas desde la perspectiva de sus protagonistas, testigos de un pasado (que afecta el presente), las historias de vida construyen un modo de mirar. Y puesto que lo que se narra es la historia de quienes decidieron arriesgar todo lo que tenían para alcanzar *un topos mejor*, las historias de vida exhiben un orden moral dado que en la narración personal, la vida cotidiana argumenta valorativamente.

Posiblemente el más falso, el más insidioso, el más macabro (por las expectativas desmesuradas que despierta, y cuya desmesura hace más siniestro el incumplimiento de esas esperanzas) de todos los “ideogemas” de la posmodernidad haya sido el de la “democratización global”. La “globalización”, el “fin de la historia”, prometía la pacificación universal, el fin de los regímenes dictatoriales y el triunfo de una democracia, “formal”, tal vez, con retos en todo caso tolerables de desigualdad económica, social cultural, pero en la cual, finalmente, una “ciudadanía universal”, una igualmente universal igualdad ante la ley, una renovada confianza en las instituciones y su “representatividad” política y social, un respeto por las diferencias ideológicas, étnicas, sexuales, religiosas, haría de éste el mejor de los mundos *posibles*.

*Memorias migrantes. Testimonios y ensayos sobre la diáspora uruguaya* es el ensayo de una *puesta en alerta* acerca de cómo los ciudadanos de las naciones neocoloniales y poscoloniales acorraladas por la globalización, arrancados de su sociedad y su cultura y empujados a la diáspora como migrantes transnacionales, recuperan y reciclan sus memorias culturales para así negociar una identidad escindida entre el *aquí-ahora* y el *entonces-allá*, ofreciéndonos nuevas formas alternativas de pensar lo nacional bajo la globalización en la periferia del capitalismo

Desde esta perspectiva, Trigo advierte (nos advierte) que ya no es posible convocar la figura del inmigrante de la modernidad industrial capitalista –aquél que se embarcaba siempre en un proyecto de vida–, sino que la escena “actual” es la de la migrancia y la diáspora transnacionales como nuevos modos de migración que van de las regiones periféricas, neocoloniales o poscoloniales, a las zonas metropolitanas, cuyos protagonistas permanecen en una suerte de limbo afectivo e imaginario debido a la creencia o la certeza de que el retorno es siempre factible (41).

Sabemos: el descentramiento ontológico y epistemológico que la migración provoca, ha adquirido manifestaciones más concretas a partir de la galopante globalización y su traslación desterritorializada de capitales y mano de obra. Al mismo tiempo, es ya un consenso que en el siglo xx y en los inicios del XXI uno de los fenómenos más importantes de la humanidad es la migración masiva, que se ha revertido del flujo de europeos hacia sus colonias o ex colonias al flujo de millones de habitantes del llamado Tercer Mundo hacia las antiguas metrópolis o hacia las nuevas potencias mundiales en el hemisferio boreal.

Este desarraigo físico no siempre supuso el desarraigo cultural del migrante, pero en alguna medida lo afectaría hasta el punto de tener, a veces, que incorporar como herramientas de su supervivencia una nueva lengua y estrategias de organización inéditas en su lugar de origen. A pesar de que siempre hay algún grado de modificación en el imaginario de quien se traslada de una región a otra o de su país a uno ajeno, se suele diferenciar entre el inmigrante, que logra adaptarse plenamente al nuevo medio sin necesariamente sacrificar la imagen positiva de su lugar de procedencia, y el migrante a secas, que forja un universo de referencias en que el *entonces-allá* no son necesariamente mejores que *aquí-ahora*, sin que estos lleguen tampoco a convertirse en el entorno más deseable.

La condición del migrante como partícipe de la condición desterritorializada de la migrancia suele contar con rasgos de distanciamiento hacia todo espacio que lo cobija en

el antes y en el ahora. Se ha estudiado por eso la migración como causa potencial de una hendidura central en la psique del sujeto que se traslada; hendidura condicionante de muchas de las perspectivas dadas por sentadas en el país de origen, al que el migrante empieza a encontrar enajenado en prácticas y gestos en los que ya no se reconoce, creando así el efecto de lo insólito, la extrañeza del reencuentro con lo familiar vuelto extraño, experiencia paradigmática de la siniestridad.

De este modo, la migrancia se convierte en una de las formas del extrañamiento y el descentramiento del sujeto por excelencia. Desde esta perspectiva y, a lo largo de los capítulos que organizan el contenido del libro, el autor ausculta con inteligencia política cuestiones concernientes a la construcción de una ciudadanía transterrada –valga el oximoron–, las tácticas y estrategias empleadas en el proceso de autorrepresentación en tanto latinoamericanos en el marco de la globalización y los dilemas que plantea la representación de identidades heterogéneas. Identidades que, vistas desde la perspectiva de la diáspora, estarán fundadas en una aporía arrojada a la faz del lector con provocación meditada: “la identidad revela ser frontera de certezas y horizonte de lo posible. Un agujero negro en la memoria, una respuesta histérica a una pregunta idiota” (86).

Si algo esencial nos deja la lectura de este libro es la provocadora labor de recorrer los nada utópicos caminos de esa alteridad. Evidenciados y señalados en sus mecanismos, Abril Trigo nos ofrece no sólo la posibilidad de presenciar los ficticios avatares en torno a los *mitos de origen* tejidos por los códigos de una cultura, sino también a la posibilidad de leer estas escenas desde sus desagarramientos; desde la posición de alteridad radical de asumir y levantar una antimemoria contra las políticas de la amnesia y contra toda mistificación de la memoria. Una memoria crítica que, como *apunta* el autor, exige recordar que toda memoria también es, antes que nada, el documento de un olvido.